

Nos queda un monumento precioso de la direccion espiritual de Conrado sobre su régia penitente en las doce máximas que le dió como un resúmen de su regla de conducta, y que los cronistas han consignado cuidadosamente. Vamos á copiarlas literalmente:

1. Sufrid con paciencia los desprecios en el seno de la pobreza.
2. Dad á la humildad el primer lugar en vuestro corazon.
3. Renunciad á los consuelos humanos y deleites de la carne.
4. Sed en todo compasiva con el prójimo.
5. Tened siempre la memoria de Dios en el fondo del corazon.
6. Dad gracias á Dios de haberos redimido con su muerte del infierno y de la muerte eterna.
7. Puesto que Dios sufrió tanto por vos, llevad tambien con paciencia la cruz.
8. Consagraos á Dios toda entera en cuerpo y alma.
9. Acordaos á menudo que sois obra de las manos de Dios, y obrad por consiguiente de manera que esteis eternamente con él.
10. Perdonad á vuestro prójimo todo

cuanto deseais que él os perdone; haced por él cuanto deseais que haga por vos.

11. Pensad siempre en lo breve de la vida y que los jóvenes mueren tambien como los viejos; aspirad siempre á la vida eterna.

12. Llorad de continuo vuestras culpas, y rogad á Dios que os las perdone<sup>1</sup>.

## CAPÍTULO XI.

*De como plugo al Señor manifestar sus gracias en la persona de la amada santa Isabel.*

Sancti tui, Domine, florebut, et sicut odor balsami erunt ante te.

(Breviario romano).

Referidos ya de esta manera los rasgos generales de la vida de Isabel durante su union con el duque Luis, tenemos ahora que retroceder á los primeros tiempos de su matrimonio para contar algunos incidentes que de vez en cuando introducian la variedad en aquella vida uniforme, siendo al propio tiempo una prueba interesante y

<sup>1</sup> El texto latino de estas máximas se encuentra en Toppius, Beschreibung der Stad Eisenach. Rebhahn, Hist. Isenac. eccles. Mss.

tierna del favor de Dios para con su humilde sierva.

En 1221, poco despues de las bodas de la Duquesa, el rey Andrés su padre, que habiéndose cruzado algunos años antes volvia ahora de una gloriosa expedicion al Egipto<sup>1</sup>, supo por buen conducto que su hija estaba ya casada y era realmente duquesa de Turingia. Para mayor seguridad del suceso dispuso que cuatro magnates de su corte, que iban en peregrinacion á Aquisgran<sup>2</sup>, pasaran á la vuelta por la Turingia y le trajeran noticias exactas acerca de su hija, del método de vida que usaba, del estado de su corte y del país, y al propio tiempo la convidasen en su nombre á venir en compañía de su marido á la corte de Hungría para que con esta visita se col-

<sup>1</sup> Duró tres años (1218-1221), en cuyo tiempo los Cruzados se apoderaron de Damietta, Heliópolis, etc. (Bonfin. Decad. lib. VII).

<sup>2</sup> Desde el reinado de san Estéban tenian los húngaros por costumbre el ir en peregrinaciones numerosas á Aquisgran para venerar las reliquias de Carlomagno allí depositadas. En 1374 ó 1382, segun otros, el rey de Hungría Luis fué allí en persona con brillante séquito, y construyó una capilla llamada *de los Húngaros*, dotándola ricamente en honor, segun se lee en la inscripcion, *de la santa*

maran de regocijo los dias del anciano padre, que con ansia indecible deseaba ver á los dos esposos. Cumplida que fue la romería al santuario de Nuestra Señora de Aquisgran por los magnates, tomaron estos en efecto el camino de Turingia en vez del de Franconia, y por fin llegaron á Wartbourg. Con grande obsequio fueron recibidos por el Landgrave, si bien el gozo de la llegada de tan nobles huéspedes se le turbó pensando que su esposa no tenia ningun vestido conveniente para presentarse delante de tales convidados; puesto que los ricos trajes de novia habian sido deshechos para reformarlos dándoles un corte mas conforme á su modestia, y por otro lado ya no habia tiempo para encargar ropa nueva. Angustiado con tales pensamientos, entró-

*Virgen, de santa Ana, san Estéban, san Emerico, san Ladislao, santa Isabel y otros Santos de Hungría.* Hasta la revolucion disfrutaron los peregrinos de este pueblo de importantísimos privilegios. Sabido es que aun hoy continúa esta santa romería en la época de la ostension de las santas reliquias, que tiene lugar cada siete años y con grande concurrencia. Todavía en 1839 hubo cincuenta y cuatro mil romeros. Verdad es que en 1496 su número llegó á ciento cuarenta y dos mil en un solo dia.

se en el aposento de la Duquesa y le dijo:  
«¡Ay querida hermana! ¡qué harémos ahora que vienen estos señores de la corte de tu padre, y querrán de seguro saber cómo vivimos aquí, y si tú gastas en verdad el tren y arreos de una duquesa! Dígolo porque ¿cómo vas á presentarte á ellos? Tanto te ocupan los pobres, que te olvidas de tí misma, y no quieres usar sino ese traje miserable que es un sonrojo para tí y para mí el que te vean con él las gentes. Y luego, para mayor vergüenza mía, dirán acaso estos señores en Hungría que yo no te proveo de vestidos, y que te han encontrado en un estado indigno de tu clase. Si á lo menos hubiera tiempo de encargiar trajes nuevos convenientes á tu rango y el mio!» Entonces ella contestó con dulzura: «Señor y hermano querido, os ruego que no os cause esto la menor inquietud, pues tengo resuelto no fundar mi gloria en mis adornos y vestidos: yo me daré traza de excusarme con esos caballeros de la corte de mi padre, tratándoles afable y alegre de tal suerte que se prenden de mí mejor que si me vieran ricamente vestida.» Y luego se hincó de rodillas para pedir á Dios que le concediese el

don de agradar á sus huéspedes; y vistiéndose lo mejor que pudo salió á reunirse con su marido y los señores de la corte de su padre que la aguardaban. Al verla quedaron todos prendados, no solo de su cordial acogida, de la amenidad y dulzura de sus modales, de aquella hermosura deslumbrante y fresca como el alba del día<sup>1</sup>, sino que, con gran sorpresa del Duque y admiración de los forasteros, dejóles tambien atónitos su magnífico traje de seda y el soberbio manto de terciopelo azul bordado de exquisitas perlas con que se presentó á ellos; tal que, al decir de los húngaros, ni la reina de Francia pudiera ponerse tan bien y tan ricamente vestida<sup>2</sup>. Después de un lucido y brillante festin, el Duque hizo á sus huéspedes muchas instancias para que permaneciesen mas tiempo en el castillo; pero excusándose ellos con que sus compañeros de expedición no querrian aguar-

<sup>1</sup> El monje Roberto.

<sup>2</sup> *Vita Rhyt.* En todos los monumentos de la edad media, siempre aparece la reina de Francia como tipo de belleza y magnificencia. En Italia sucedia lo mismo.

Ben mi rassembra reina di Franza

Poiche dell' altre mi par la più gente (gentile).

(Guido Guinicelli).

dar, bajó acompañádoles hasta la ciudad, pagó allí el gasto que habia hecho la comitiva y se despidió de ellos buen trecho mas adelante. Volvió luego apresuradamente al lado de su esposa, ansioso de preguntarle y saber cómo lo habia hecho para vestirse de aquella manera tan magnífica: Isabel le contestó con dulce y piadosa sonrisa: «Cosas son estas que sabe el Señor hacer cuando le place.»

Muchos autores traen de otra manera el mismo milagro <sup>1</sup>. Dicen que corriendo por todas partes la fama de las virtudes de Isabel, un gran señor (segun algunos era el Emperador mismo) vino á los Estados del Landgrave, quien le salió al encuentro y le ofreció la hospitalidad en su castillo. Pero el extranjero no quiso aceptar el convite sino con la condicion de que habian de presentarlo á la Duquesa y dejarle departir con ella. Ofreciólo así el Duque, y le llevó á Wartbourg. Mas la Duquesa que, segun costumbre, acababa de dar á los pobres todos sus vestidos y joyas, hizo decir en se-

<sup>1</sup> Estos son: el manuscrito franciscano de Heidelberg, el de los Bolandistas de Bruselas, el poema del monje Roberto de la biblioteca Real, el Pasional, etc.

creto á su marido que recibiria gran merced si por esta vez tenia la bondad de dispensarla, pudiese encontraba absolutamente sin ropa á propósito para comparecer ante los huéspedes. Insistia el noble convidado en su propósito, y entonces Luis levantóse de la mesa y pasó en persona á suplicarle que viniese, haciéndole de paso algunas dulces reconvenciones por su tardanza en obedecerle. Respondió que iba al momento. «Iré, dulce dueño, y se hará como lo ordenais; puesto que fuera una loca en no obedeceros en todo. Soy vuestra, señor, sois mi amo, y como á tal os he siempre obedecido, y así quiero que sea también en adelante: despues de Dios, sois vos mi dueño y mi señor <sup>1</sup>.»

Salió el Duque; y ella, hincándose de rodillas, oró de esta manera: «Clementísimo y fidelísimo Jesús mio, dulce consuelo de los pobres menesterosos y afligidos, amigo y apoyo de los que en Vos confian, ven á socorrer á tu pobre sierva que por amor tuyo se ha despojado de todo cuanto tenia para adorno de su persona.» Al momento se le apareció un Ángel y le dijo: «¡Oh esposa noble del Rey de los cielos! mira lo

<sup>1</sup> El monje Roberto.

«que ese Dios, que tanto has amado, te en-  
«via desde el cielo, saludándote como tier-  
«no amigo: en señal de tu eterna gloria  
«has de vestir este manto y ceñirte esta co-  
«rona.» Así lo hizo Isabel, y, dando gra-  
cias á Dios, se presentó en el salon del con-  
vite. Mudos de admiracion y pasmo queda-  
ron los convidados al verla tan ricamente  
vestida y tan hermosa, pues su rostro des-  
pedia resplandores como si fuera de un An-  
gel; y cuando hubo tomado asiento y salu-  
dado cordialmente á la concurrencia, diri-  
gió á unos y otros palabras y razones mas  
dulces que la miel, de modo que por oirla  
se olvidaban de comer, teniendo en mas  
estima el jugo de aquella conversacion que  
el de los manjares del festin. Se despidió  
el magnate muy contento de haber visto y  
hablado á aquella Isabel á quien con tal an-  
sia deseaba conocer; y el Duque, despues de  
acompañarle un buen trecho, se volvió para  
el castillo, muy ansioso de que le dijera su  
esposa de dónde hubo aquel riquísimo tra-  
je. No pudo ocultarlo Isabel; y entonces ex-  
clamó el piadoso Príncipe: «En verdad que  
«nuestro Dios es muy bueno! ¿quién no  
«servirá con gusto á un Señor que de tal  
«modo acude á las necesidades de sus sier-

«vos? Desde ahora para siempre quiero yo  
«ser tambien su humildísimo escudero <sup>1</sup>.»

En el siguiente año, 1222, partió para  
Hungria el Duque con Isabel á fin de cor-  
responder á la invitacion del rey Andrés,  
su suegro. Durante su ausencia dejó enco-  
mendada la guarda de sus Estados á los  
Condes de Muhlberg, de Gleichen y otros;  
y para compañía llevó consigo á los de Stol-  
berg, Sewartzbourg, Besembourg, Beichlin-  
gen con otros muchos caballeros, entre los  
que se hacia notar Rodolfo de Varila, hijo  
del señor de Gauthier, aquel que once años  
antes habia ido á Hungria en busca de la  
pequeñuela Isabel. Este caballero habia  
sucedido á su padre no solamente en las  
funciones de gran copero, sino tambien so-  
bre todo en su leal adhesion y cariño á la  
Duquesa. Isabel llevaba en su comitiva á  
las esposas de los citados Condes y otras  
muchas señoras y señoritas de la nobleza.  
Recibió el rey Andrés á los viajeros con vi-  
va alegría: túvolos mucho tiempo en su  
corte, haciendo celebrar frecuentes fiestas

<sup>1</sup> Mr. Stædtler en su traduccion alemana de la  
presente historia atribuye, apoyado en muchos tex-  
tos, á la impresion que este prodigio hizo en el Du-  
que la resolucion de ir á la cruzada.

y torneos donde lucieron particularmente su destreza los caballeros turingios. Como por entonces se celebrasen las bodas del Rey de Hungría que se casaba en segundas nupcias con Yolanda, hija del Emperador francés de Constantinopla, fue ocasion de que el Rey desplegara insólita magnificencia, sobre todo en los dones y presentes de riquísima pedrería que hizo á sus huéspedes, participando de ellos no solo los caballeros y damas de la comitiva de los Duques, sino hasta los criados mas inferiores. La obsequiosa solícitud del Rey de Hungría se extendió hasta mandar construir un carruaje de cierta forma particular para acomodar en él las alhajas y el oro que habia regalado á su hija. Para despedida, como el Duque era gran cazador, dispuso el Rey una gran partida de caza: luego se separaron, y el Duque arribó sin novedad á la Turingia con su esposa, su comitiva y sus nuevas y cuantiosas riquezas.

Al poco tiempo casó á su hermana, la bella Inés, compañera de infancia de Isabel, con Enrique duque de Austria <sup>1</sup>; y fuese

<sup>1</sup> Inés fue abuela de aquel joven Federico, duque de Bade-Austria, que murió en el cadalso con Conradino de Suabia.

con este motivo, ó con el de celebrar su feliz regreso á sus Estados, dispuso en Wartbourg una gran fiesta, á la que fueron convidados los príncipes y señores del ducado con sus esposas. Al sentarse á la mesa se notó la falta de Isabel, que no habia asistido á la ceremonia de costumbre de lavarse las manos con los convidados de su marido: éstos manifestaron terminantemente su resolucion de no ponerse á comer ínterin no llegara la Duquesa. Al venir ésta de la iglesia al salon del convite, habia encontrado tendido en la escalera un pobre casi totalmente desnudo, de una traza tan enfermiza y débil, que parecia imposible hubiera tenido fuerzas para subir hasta el castillo. Este infeliz principió á dar voces á la Duquesa pidiéndole una limosna por amor de Jesucristo; ella se excusó con que ni tenia tiempo de aguardarse ni nada tampoco que darle, y así que cuidaria de mandarle algun bocado de la mesa. Insistia el mendigo en ser socorrido en el momento, y con tales gritos y lamentos que la Duquesa, vencida por la compasion, se quitó el rico manto de seda que llevaba puesto y lo arrojó al pobre, el cual tomándolo en sus manos lo enrolló precipitadamente y se

marchó muy de prisa. Como Isabel se quedó á cuerpo, y esto era una cosa muy contraria á la etiqueta de aquel tiempo, no osó entrar en el salon del convite, sino que se fué á su cuarto á encomendarse á Dios. Toda esta escena la habia presenciado el Senescal, y corrió á referirla al Duque y á sus huéspedes, diciendo: «Vaya que está bueno lo que hace la señora Duquesa! mientras aquí la aguarda esta lucida concurrencia, se está ella vistiendo á los pobres: en este instante y en mi presencia acaba de dar su manto á uno de ellos.—Voy yo á ver qué es ello, dijo el Landgrave sonriéndose; yo la traeré al momento.» Y dejando por unos instantes á los huéspedes, fué á la cámara de Isabel, á quien dirigió estas palabras: «¿Cómo no vienes á comer con nosotros, cara hermana? ya ha largo rato que esperamos por causa tuya. —Estoy á tus órdenes, querido hermano. —Pero, ¿y el manto? repuso el Duque; ¿dónde está el manto que llevaste á la iglesia?—Helo dado de limosna, querido hermano; pero si no hay inconveniente en ello, iré así como estoy.» Oyó esto una de las criadas y dijo: «Señora, el manto le he visto yo colgado de un clavo del ropero;

«voy á traérosle.» Y en efecto volvió luego la criada trayendo aquel mismo manto que poco antes llevara el pobre de la escalera. Isabel dió al momento gracias á Dios hincándose de rodillas un breve rato, y luego pasó al salon con su marido. Éste sin hacer caso de la algazara y buen humor á que estaban entregados sus caballeros, y en especial el Duque de Austria y su esposa, sério y pensativo meditaba en las gracias tan numerosas y singulares que Dios otorgaba á su amada Isabel. «¿Quién dudará, dice uno de sus piadosos é ingenuos historiadores, que el manto fue traído por un Ángel, y que el pobre de la escalera era el mismo Cristo que tomó la figura y apariencia de un mendigo para probar á su sierva querida Isabel, como en otro tiempo al glorioso san Martín? De tales gracias ornaba el Señor á aquella querida flor, á aquella Isabel, lirio de pureza y de fe que dejó muy atrás la gloria del mismo Salomon<sup>1</sup>.»

<sup>1</sup> Sic pater coelestis suum lilium Elisabeth vestivit, quomodo nec Salomon in omni gloria sua potuit operiri. (*Theod.*).—Los Franciscanos de Eissenach conservaron hasta el siglo XV este manto, del cual habian hecho un ornamento para la misa.

Entre tanto guardaba Dios á esta noble y piadosa pareja una gracia mas dulce y mas querida al corazon de ambos. El Omnipotente no negaria á estos dos esposos la bendicion mas preciosa del matrimonio, ya que eran el modelo ejemplar de una union cristiana; y por eso concedió á su sierva la gracia de la fecundidad, como para recompensarla aquí en la tierra la pureza de su alma y de su cuerpo.

En 1223, á los diez y seis años de edad, Isabel fue madre por vez primera. Al acercarse el parto, dispuso que la condujeran al castillo de Creuzburg sobre el Werra á pocas leguas de Eisenach, por hallarse allí mas sosegada que en Wartbourg y mas cerca de su marido que habia ido á tomar asiento en los Estados de la Hesse en Marbourg. Muchas señoras de la nobleza vinieron á asistirle y cuidarla de noche y de dia; y en 28 de marzo, tres dias despues de la Anunciacion de Nuestra Señora, dió á luz su primogénito. Al momento fueron á llevar esta grata noticia al Duque, quien no habia podido salir de Marbourg á tiempo; colmado de alegría dió ricas albricias al mensajero, y partió corriendo á reunirse con la jóven madre. Todavía llegó al bau-

tismo del niño, á quien llamaron Hermann en recuerdo del Duque padre, difunto. Para celebrar tan fausto suceso y perpetuar su memoria hizo construir de piedra el puente de madera que conducia á la ciudad de Creuzburg. Todavía existe hoy este puente con una bonita capilla gótica consagrada á san Liborio, obispo de Mans.

Un año mas adelante (1224), hallándose la Duquesa en Wartbourg, de donde no habia querido Luis dejarla salir por no separarse de ella, parió una hija que se llamó Sofía como la Duquesa madre. Esta Princesa se casó despues con el Duque de Brabante, y fue el tronco de la actual casa de Hesse.

Tuvo Isabel otras dos hijas; la segunda se llamó Sofía como la primera, y la tercera, que nació despues de la muerte de su padre, Gertrudis: ambas fueron consagradas á Dios desde la cuna, y tomaron el velo de esposas del Señor.

Fiel en todo á la humildad y modestia que eran el norte de su conducta, Isabel conservó escrupulosamente estas virtudes en medio de los goces de la maternidad, como lo habia hecho en medio de las magnificencias soberanas.



Al llegar tras cada parto la época de la purificación, Isabel, en vez de seguir la costumbre de celebrar este acontecimiento con regocijos y fiestas mundanas, tomaba ella misma en brazos al recién nacido, y saliendo secretamente del castillo, vestida con un sencillo traje de lana y á piés descalzos <sup>1</sup>, se encaminaba á la iglesia de Santa Catalina, situada á larga distancia de las murallas de Eisenach. Por aquella bajada áspera y larga, erizada de agudos guijarros que le despedazaban sus delicados piés, conducía ella misma en brazos á su hijo como lo había hecho la Virgen sin mancha: en llegando al templo colocaba sobre el altar á la criatura con un corderito y un cirio, diciendo: «Jesús, Señor mio, á Vos y á vuestra santa madre María os ofrezco este fruto querido de mis entrañas. Ved, Señor y Dios mio, que os le doy con todo mi corazón, como Vos me le habeis dado, pues que sois el Soberano y Padre amabilísimo de la madre y del hijo. Lo único que os pido, la única gracia que me atrevo á solicitar de Vos, es que á este parvu-

<sup>1</sup> De regreso regalaba este vestido á una mujer pobre, recién parida como ella. (*Theod. Jean Lefèvre*, etc.).

«dillo bañado en mis lágrimas le admitais «en el número de vuestros servidores y «amigos, y le otorgueis vuestra bendición.»

## CAPÍTULO XII.

*De como el buen duque Luis protegia á su pobre pueblo.*

Liberabit pauperem á potente, pauperem cui non erat adiutor.

(*Psalm. LXXI, 12*).

Indutus est iustitia ut lorica, ut galea salutis in capite eius: indutus est vestimentis ultionis, et opertus est quasi pallio zeli...

Quia ego Dominus diligens iudicium, et odio habens rapinam.

(*Isai. LIX, 17; LXI, 8*).

Todo en la vida de estos santos esposos demuestra la profunda simpatía que les unía, y hasta qué punto ambos eran dignos el uno del otro; la Duquesa, según vimos, empleando toda la energía é ingeniosa ternura de su alma en socorrer á cuantos infelices se hallaban á su alcance; el Duque, como ahora veremos, consagrando su valor y talentos militares á la defensa de los intereses del pueblo que Dios le ha-